

## CAPÍTULO XXXIII

### UNA BROMA PESADA

El *coche símón* es uno de esos vehículos que más corren y que menos adelantan. El caballo, por regla general, moribundo, hace esfuerzos heroicos por poner fin á la carrera de su vida; mas no por eso el camino se hace más corto, ni los obstáculos que de continuo encuentra en las calles de Madrid se hacen más practicables. Ir en cualquiera de esos coches designados con el título hoy tan despreciado de *tres bor ciento*, sería, no precisamente ir más de prisa, sino ir más descansado, si algunas veces la impaciencia no cansara más que el ejercicio.

Montero tomó uno de estos coches, el que antes encontró á mano; se instaló en él, y sentando á Serafín sobre sus rodillas, dió la orden de *Urosas*, 19. Partió el caballo con la cabeza baja, resuelto á morirse en la primera coyuntura, rompiendo en ese trote reflexivo, meditabundo, con que marchan sobre la tierra los que han perdido las ilusiones en el camino. Llegó al fin el coche á la calle de las *Urosas* y se detuvo en el número 19, y llegó por la razón universal de que en el mundo todo llega á su término.

Allí se apeó Montero, y Serafín saltó del coche al estribo y del estribo á la acera de la calle con la ligereza del pájaro que ve abierta la casa de la jaula.

Cogiólo el padrino de la mano y entraron en la casa. Al pié, ó mejor dicho, debajo de la escalera estaba el chi-

ribitil de la portería, encogido y estrecho para ocupar el menos espacio posible. Al través del cristal empañado que llenaba el ventanillo, dos ojos negros y maliciosos vigilaban la entrada de la casa, y antes que Montero pusiera el pie en la escalera, una voz más burlona que armoniosa



Llegó al fin el coche á la calle de las *Urosas*

pronunció con cierto *retintín* estas palabras inquisitivas:

— ¿A qué cuarto va usted, caballero?

— Al principal — contestó el coronel.

— No hay entresuelo — añadió la portera, — pero creo que va usted á perder el tiempo en subir las escaleras, porque me parece que las *señoras* no van á estar en casa.

La palabra *señoras* salió de la boca de la portera con tal acento de mofa, que Montero estuvo á punto de enojarse; pero se contentó con decir secamente:

— La señora que yo busco, sí estará en casa.

— Quién sabe — replicó ella, saliendo del chiribitil; — mas si usted me da las señas de esa señora, yo le diré si está ó



no está en casa, porque desde ese cajón donde me paso la vida todo lo veo, nada se me escapa.

Seguramente Montero no habría accedido á la desocupada curiosidad de la portera; pero es el caso que se le presentaba la ocasión de poner á Margarita en las nubes, y esas ocasiones no las desperdiciaba él nunca. Así es que le contestó diciendo:

— ¡Sus señas!.. No tiene más que una; imagínese usted la mujer más hermosa que ha nacido de madre, y esa es la que yo busco.

El rostro picaresco de la curiosa portera se animó por medio de una expresión de malicia indefinible.

— Sí — dijo, — es hermosa. He visto pocas caras como la suya, y lo que es el cuerpo no tiene *pero*. La vi entrar y no la he visto salir...; puede ser que esté en casa.

El coronel comenzó á subir la escalera; mas la buena mujer tenía algo más que preguntar, algo más que inquirir, y lo detuvo, exclamando asombrada:

— ¡Eh..., caballero..., y lleva usted ese niño!..

No me es posible pintar el gesto con que Montero oyó la exclamación de la portera... Era para él una admiración ininteligible. Ella añadió:

— Es un serafín..., es una perla... ¡Oh! Y se parece..., ya lo creo, como se parece un niño á su madre... Y ahora caigo en la cuenta... ¡Ah! La que á mí se me escape... Sí, sí, es su hijo; y usted..., pues..., ya lo entiendo..., y eso que el niño no se parece á su padre. Otra historia. Este es el mundo.

Para el coronel la portera hablaba en griego..., no veía el hilo de aquella sarta de desatinos; percibía, no obstante, algo de burla y de malicia, porque la mujer, demasiado expresiva, no hablaba sólo con la boca, sino también con los ojos y con toda la fisonomía, acentuando las palabras con gestos equívocos, que al coronel le parecieron de malísimo gusto. Dudó un instante si se detendría á pedir explicacio-

nes; pero Serafín, impaciente, le tiraba de la mano, y volviendo la espalda á la portera siguió subiendo.

Al llegar á la puerta del cuarto principal se detuvo dudoso, porque le ocurrió de pronto la siguiente pregunta: «¿Quién vive en esta casa?..»

Allí vivía indudablemente alguna familia desamparada, que Margarita había ido á socorrer, y él no ignoraba que en estas excursiones de su caridad ocultaba siempre su nombre... ¿Por quién preguntar?.. La miseria es recelosa, y al ver á una persona desconocida, que no sabe á quién busca, lo natural sería cerrarle la puerta, y aunque estaba resuelto á entrar de cualquier modo, no era cosa de empezar allanando la casa.

Inclinóse sobre el pasamano de la escalera y llamó á la insigne habladora, encargada de la vigilancia de la portera.

— ¿Qué ocurre? — preguntó la portera desde abajo.

— Ocurre — contestó Montero — que no sé por quién preguntar.

— ¡Toma!.. — exclamó la mujer. — ¡Y se viene usted así!.. ¡Vaya un avío!.. Y digo..., no es conocida... Vamos, caballero, pregunte usted por *la Ginesa*.

— ¡*La Ginesa!* — repitió el coronel. — Bueno..., un nombre cualquiera.

Hizo sonar la campanilla, merced á un alambre que colgaba de la pared, y á poco apareció en el ventanillo la cara enfermiza de una muchacha, cuya ajada belleza conservaba aún algunos rasgos de la adolescencia.

Montero se acercó al ventanillo, y le dijo:

— Abre.

Abrió y entró Montero, llevando de la mano á Serafín y cerrando detrás de sí la puerta que tan fácilmente se le había abierto.

La muchacha lo miró de alto á bajo sorprendida; no



era, sin duda, á Montero á quien creía haberle abierto, y con voz cascarrada le preguntó:

— ¿A quién busca usted?

— A *la Ginesa*.

La muchacha parecía indecisa, pasando alternativamente la mirada dura de sus ojos apagados de Montero á Serafín, de Serafín á Montero, y ya empezaba éste á impacientarse, cuando apareció la misma *Ginesa* en persona.

Era una mujer de cuarenta años, gorda, pálida, donde todavía se distinguían muy bien las huellas de una pasada hermosura.

Entre los escombros de su juventud conservaba el pelo abundante y hermoso, que una mano maestra había peinado suntuosamente. La blancura mate de la tez indicaba que *la Ginesa* no se lavaba con agua sola. Por lo demás, dejaba ver unas manos muy bien cuidadas, en cuyos dedos relucía gran profusión de sortijas, que hacían juego con los pendientes que adornaban sus orejas; y, por último, una bata de estambre de colores fuertes, y á medio abrochar, descubrían, más bien que ocultaban, las abultadas formas de *la Ginesa*.

La presencia de esta mujer produjo en Montero un asombro indecible, y coligió que si alguna miseria había en aquella casa, no era, ciertamente, la miseria que mata de hambre.

Por su parte *la Ginesa* no disimuló la explosión de su enojo al verse delante del coronel, y dirigió á la muchacha que le había abierto la puerta una mirada con la cual hubiera querido confundirla.

— ¿Qué se le ofrece á usted, caballero? — preguntó con acento destemplado.

— Se me ofrece — contestó Montero conteniéndose — saber si aquí hay una señora que..., que debe haber llegado hace muy poco.

— Las señas son mortales — replicó *la Ginesa*. — ¡Una señora!.. ¡Bah!.. Aquí no hay nadie...

El coronel se quedó pensativo, mordiéndose los labios y retorciéndose los bigotes, y de repente, con la prontitud con que ejecutaba todas sus acciones, corrió el pasador de la puerta que tenía á la espalda, y dando hacia *la Ginesa* un paso decisivo, le dijo:

— ¡No hay nadie!.. Bien; eso lo veremos.

No era la mujer de condición medrosa ni de genio suave, y poniendo ambas manos sobre las caderas, y moviendo la cabeza en ademán provocativo, con voz calma y furiosos ojos se acercó al coronel, diciendo:

— ¡Qué quiere decir eso de que lo veremos!..

Nada más fácil que destruir de una sola puñada el peinado monumental que se levantaba sobre la cabeza de *la Ginesa*, y Montero sintió en su mano derecha el hormigueo de los grandes cachetes; pero se había jurado á sí mismo no volver á hacer uso de su fuerza, y desde que rompió su espada quiso también romper su brazo. Tuvo que contentarse con apretar el puño.

En esto Serafín, que se había deslizado á lo largo de un pasillo, en cuyo extremo halló una puerta cerrada, volvió corriendo, y agarrándose al gabán del coronel, le decía:

— ¡Padrino..., allí está mamá..., habla y llora!

Montero no se contentó con el pasador con que había asegurado la puerta que daba á la escalera, y dando una vuelta al pestillo guardóse la llave.

— ¡Qué es esto!.. — exclamó *la Ginesa*.

— Esto — exclamó Montero poniéndole los puños delante de los ojos — es, que si vuelves á chistar, te ahogo.

Era el ademán tan resuelto y el acento tan decisivo, que *la Ginesa* retrocedió un paso.

Lanzóse Montero al extremo del pasillo que Serafín le



designaba, y asiendo el picaporte que cerraba la puerta, la abrió con violencia y entró.

Allí estaba Margarita y allí estaba el brigadier.

— ¡Montero! — exclamó ella refugiándose al lado del coronel; mas luego vió á Serafín, y arrojándose á él lo abrazó, exclamando: — ¡Hijo mío... hijo mío!..

César no tuvo aliento para dar voz á la exclamación que quiso escaparse de su boca al verse sorprendido por la presencia del coronel.

— ¡Hijo de mis entrañas! — volvió á exclamar Margarita. — ¿Es á ti á quien debo este auxilio inesperado?..

— A él — contestó Montero. — Se empeñó en venir á buscar á su madre, y yo lo he traído.

— Pero ¿cómo?.. — preguntó la madre, comiéndose á besos la boca de su hijo.

— ¡Cómo!.. — exclamó Montero. — La verdad es, señora, que yo no sabía adónde dirigirme; pero ya se ve, este papel, caído sobre la alfombra, me proporcionó las señas de la casa.

— ¡Oh, Providencia!.. ¡Oh, Providencia!.. — sollozó Margarita. — Tú, hijo mío, has sido el ángel de mi guarda; tú, que eres el ángel de mi amor.

Y volviéndose al coronel con los ojos inflamados por la indignación, añadió.

— ¡Ay, Montero!.. ¡Qué infamia!.. ¡Qué infamia!..

— Señora, lo comprendo todo. El caso no es enteramente original... Un lazo tendido á la virtud... ¡Demonio!.. ¡Y á la virtud de la caridad!..

— ¡Yo también soy culpable! — murmuró Margarita.

— ¡Usted culpable!.. Sí, en estos tiempos traidores es un delito ser hermosa y un crimen ser buena.

Diciendo esto, advirtió que el brigadier, pálido, mudo y tembloroso, se había ido deslizado poco á poco hacia una puerta de escape que se distinguía en un ángulo de la sala, y clavando en él sus trémulos ojos, le dijo:

— Un consejo: soy implacable con los cobardes, y mato sin misericordia al que huye. Y usted, señora — añadió volviéndose á Margarita, — no debe permanecer más tiempo en esta casa de ignominia. En la puerta está el coche en que hemos venido. Llévase usted á Serafín... Yo me quedo.

— ¡Montero! — exclamó ella con ojos aterrados.

— Merecía — replicó el coronel — un ejemplar castigo; mas, esté usted segura, no mancharé mis manos con su iniqua sangre. Mi propósito se reduce pura y simplemente á enterrarlo vivo.

El semblante del coronel estaba sereno y hasta risueño; mas, en su naturaleza poderosamente enérgica, era la calma más temible que el enojo.

Margarita no se atrevía á dejarlo solo, le tenía miedo á su indignación; y él, comprendiéndolo así, le instó de nuevo, dándole tantas seguridades de tener juicio, que la convenció al fin, diciéndola mientras la acompañaba por el pasillo:

— Dios me prohíbe matar; y además me ata las manos el temor de un escándalo. No quiero más que hacerle un nudo en la lengua, es cosa de dos minutos.

Abrió la puerta, cuya llave se había guardado, y volvió á cerrarla luego que Margarita hubo salido.

Cuando volvió á la sala se encontró al brigadier en el mismo sitio en que lo había dejado, y mostrándole la llave que traía en la mano, le dijo:

— No hay temor de que nos interrumpen; podemos hablar tranquilamente.

— Yo le explicaré á usted — se atrevió á decir César con voz trémula — la singularidad de la situación en que nos encontramos.

— Es inútil — le contestó — ¡Explicaciones!.., ¿y á qué?.. Los hombres *corridos* penetramos al instante el secreto de estas aventuras desgraciadas.

— Hay en este lance una mutua equivocación — replicó



César con voz más segura. — Yo creí que la señora de Góngora...

— No vuelva usted á pronunciar ese nombre — dijo sencillamente Montero, cortándole la palabra, — porque es peligroso. La señora de Góngora no tiene nada que ver en este asunto.

— Bien; en ese caso la cuestión está reducida á que nosotros nos entendamos. No veo ciertamente el derecho con que usted intenta pedirme cuenta de mi conducta; mas sea en hora buena. Ya sabe usted mi casa, puede enviarme sus testigos.

La mirada de desprecio con que Montero contestó á esas palabras hizo que el brigadier bajara los ojos.

— ¡Derecho!.. — exclamó. — ¿Y quién le ha dicho á usted que yo pretendo honrar al traidor matándolo en desafío?

— No veo otra solución á este negocio, á no ser que medite usted un asesinato.

— Pudiera suceder — contestó Montero con perfecta naturalidad. — No tengo inconveniente en aplastar á la víbora, si se obstina en no dejarse arrancar el veneno.

César no era absolutamente cobarde, y en todo caso poseía un valor que suele hacer prodigios, á saber: el valor del miedo. Semejante al ratón en presencia del gato, buscaba en su pensamiento un agujero donde esconderse, y hubo un instante en que saltó dentro de sí mismo, creyendo haberlo encontrado. Este agujero era el escándalo, el escándalo que á nadie le convenía menos que á su terrible enemigo, si quería poner á cubierto de toda murmuración el nombre de Margarita. Los cobardes hacen armas defensivas de lo primero que encuentran á la mano. Montero no atentaría á su vida; le daba seguridad de ello el honor de la señora de Góngora. Así es que para demostrar su heroica indiferencia á la amenaza, se cruzó de brazos y se encogió de hombros.

Montero se sonrió diciendo:

— Vamos á verlo.

Salió de la sala y llamó á *la Ginesa*, que se le presentó con semblante espantado.

— No te asustes — le dijo en voz baja y guiñándole el ojo. — Aquí no se trata más que de una broma. No soy yo el primer marido que sorprende á su mujer en aventuras como ésta. ¡Qué diablo!

Por ese medio trató de inquirir si *la Ginesa* sabía quién era Margarita.

La mujer lo ignoraba.

— Ya ve usted — advirtió con acento lastimero. — Una está para ganarse una peseta. ¿Qué sabe una?.. Nos dicen: «Mañana necesito tu casa. — Pues aquí está. — Quiero que no haya nadie en ella más que tú...» y es claro me quedo, sola... sola con el arrapiezo de la *Berta*, que está medio imbécil. Pagan bien, y se acabó. A usted le hubiera servido lo mismo.

— Estoy seguro de ello — añadió el coronel.

*La Ginesa* vió el cielo abierto, porque Montero se presentaba á sus ojos afable, comunicativo y hasta risueño. Vamos, era un hombre corriente.

— Y aquí para entre nosotros — le dijo, bajando más la voz y acercándose á su oído. — Yo creo que la señora ha venido engañada. Eso lo conocemos nosotras al instante, pero como no nos importa...

— Eso es — afirmó Montero. — Ahora proporcióname papel, pluma y tintero y además unas tijeras.

La mujer se mostró admirada, y el coronel la empujó, añadiendo:

— Anda. Ya te he dicho que sólo se trata de una broma, pesada, pero pura broma.

Trajo un tintero de cristal, á cuya tinta seca fué preciso echarle unas gotas de agua, el papel era pasable y la



pluma estaba oxidada por la acción de la tinta. Las tijeras eran enormes, pero no había otras en la casa.

Con estos pertrechos de guerra entró Montero en la sala, donde aún permanecía el brigadier, porque no había más que una puerta que diera salida á la calle, y la llave de esa puerta la guardaba Montero en su bolsillo. Es verdad que la sala tenía dos balcones, por cualquiera de los que un hombre apurado podía arrojar; mas esto equivalía á tirar la vida por la ventana, y César se encontraba muy bien en este mundo, ni el negocio se le presentaba tan mal como al principio había creído. Esperaba, pues, allí con la imperturbabilidad del héroe que no tiene por donde escaparse, poco más ó menos como el ratón cogido en la ratonera, como el lobo preso en la trampa.

Puso Montero el papel y el tintero sobre una mesa, acercó una silla é invitó á César á que se sentara. Este rehusó la invitación con un movimiento de impaciencia.

Montero le dijo:

— Es inútil resistirse. Usted va á escribir y yo voy á dictar.

Tan resuelta era la actitud con que pronunció estas palabras, que César, queriendo transigir entre su valor y su miedo, hizo un gesto de indiferencia, casi de burla, y se sentó.

— Ahora — añadió el coronel — va usted á escribir lo que yo le dicte.

César quiso sonreirse, pero no pudo, y cogió la pluma.

— «Soy un miserable» — dictó Montero, levantando sobre la cabeza de César su tremendo brazo, y César escribió: «Soy un miserable.»

— «Para que mis labios no puedan pronunciar sin respeto y sin vergüenza el nombre de la mujer á quien alevosamente he querido ultrajar, confieso mi ignominia, y declaro aquí que soy un infame.»



APENAS CÉSAR SE VIÓ LIBRE, SE LANZÓ Á UNA SILLA



Esas frases dictadas por Montero fueron escritas por César. A cada palabra la pluma se detenía, se negaba á escribir; mas el brazo suspendido sobre la cabeza como una maza pronta á caer, acababa al fin con las indecisiones de la pluma.

— Ahora — dijo Montero — firme usted.

— No firmo — gritó el brigadier con voz ahogada. — Antes me cortaré la mano.

Al acabar de pronunciar estas palabras, sintió sobre sus rodillas un peso enorme, y en su garganta la presión de un tornillo al mismo tiempo que acercando el coronel las tijeras á sus ojos, le decía:

— Firme usted, ó le corto una oreja... Lo mismo me da.

No había escape: ó la firma ó la oreja; hubiera preferido morir, pero Montero lo tenía sujeto como en una prensa; sintió en su sangre el frío de las tijeras, y no hubo más que firmar y... firmó. Su terrible adversario recogió el papel firmado, y dejándolo en libertad, le dijo:

— Estamos en paz.

Apenas César se vió libre, se lanzó á una silla, y alzándola con ira reconcentrada, amenazó á su enemigo. Éste se cruzó de brazos, y esperó el golpe como una montaña espera un rayo, mas aquel esfuerzo supremo de la ira pasó pronto; la silla vaciló en las manos del brigadier, y cayó al suelo.

— Rabia inútil — dijo Montero. — Todo esto no ha sido más que una broma, una broma un poco pesada, ni más ni menos.

Mirólo con compasivo desprecio, volvióle la espalda y salió de la casa.